

MANUEL VICENT

EL carnaval madrileño comenzó con un pregón del escritor Lauro Olmo en la plaza Mayor bajo la lluvia solapada de una tarde despacible que empapó las narizotas de cuatro gatos curiosos y pintarrajeados con corcho ahumado y mercromina. Por primera vez después de la guerra civil se ha realizado en nuestro país una tímida tentativa de resucitar estas fiestas y retomar la cola de aquella agria sardina enterrada en las trincheras del Manzanares. Desde un principio quedó claro que estaban prohibidas las caretas y que el jolgorio debía estar reducido a un cercado de dos barriadas. Así que todo ha tenido un aire de bautizo familiar vigilado de cerca por la Policía o de un desmadre de paso del ecuator estudiante bien fumigado por la marihuana.

La tradición madrileña del carnaval permanece en el recuerdo de los escritores de la época como algo ratonero con olor a chorizo de merienda en aguaducho de Cuatro Caminos y sórdidas máscaras de mujeres con dos arrobos en cada nalga. No se sabe si, dejado a ritmo, el carnaval volvería a coger ese cariz de descampado con destrozadas de escoba y perros famélicos, comparsas que pasean un gato colgado de una cucaña, ballongo disparatado en el teatro de la Zarzuela o serían los grandes almacenes los que se encargarían de promocionar en sus escaparates, en tiempos de rebajas, las murgas y disfraces en una operación de marketing hortera.

De momento, la autoridad ha metido el carnaval entre alambradas y los espectadores se han acercado al corro de los primeros alucinados con la curiosidad de una visita al zoológico. Este año, la precaria alegría regulada por el criterio ordenancista de UCD ha tenido un carácter experimental en las barriadas de Vallecas y Malasaña. Realmente se han hecho dos calas en la sandía. Por un lado se ha querido tentar hasta dónde llega la presión de la olla obrera y por otro se ha probado a soltar tímidamente el dogal de los supuestos pasotas. Me limito a contar lo que he visto. La juerga de carnaval el sábado noche en el barrio de Malasaña fue una cosa inocente, una fiesta juvenil alimentada casi por los íntimos del lugar. Por los ventanales del café Comercial se veían pasar los disfraces, las caras decoradas de una juventud de COU con una imaginación un poco improvisada. En las aceras se pintaban unos a otros con lápiz de labios,

se enharinaban los mofletes, se ponían la toalla musulmana en la cabeza y las pandillas se iban escurriendo hacia la plaza del Dos de Mayo, donde empezaban a dar saltos al son de algunas charanguitas. Bajo un cielo de buena noche corría una brisa de porro, se pasaba entre los corrillos la cerveza tamaño familiar y se bebía vino de garrafa. No había demasiado mirón. Sólo algunos padres cogidos del brazo vigilaban la alegría de sus queridos hijos, tan sana y formal. En el café Ruiz las máscaras cantaban tonadillas infantiles, en Manuela sonaban cuplés y música de or-

das de inocentes lecherías, de dulces tahonas, de mercerías perfumadas con colonia antigua. Zona nacional. España o muerte. Se necesitan rojos para hacer jabón. Fascistas asesinos. A ras de estas consignas pasan máscaras árabes, pierrots, dominós, gatos con smoking y rabo de lana, muñecas con guardapolvo y chufos, gorros de napoleón y rostros con una constelación de acné y estrellas de purpurina en los pómulos de la pubertad. Los estudiantes, los devotos de una cultura marginal y los hábiles ecológicos, con este carnaval sólo han efectuado sobre este barrio conflictivo un

oil, pronto comenzó a alterarse, aquellas noches pacíficas y pacifistas se alumbraron de repente con el brillo esporádico de alguna navaja de camello o se atronaron con la explosión de una bomba. Hoy es una zona fronteriza en disputa.

Alrededor de la plaza del Dos de Mayo, cada pub o taberna tiene una onda propia, recoge a una clientela con una estética distinta dentro de la vibración de la contracultura. Bugatti es dulce, con sabor retro, musicado con canciones de entreguerras, decorado con flecos y damascos rojos, donde se ahoga la ternura del acordeón y la parroquia muy pasada se repantinga entre almohadones de abuelitas con una pluma de avestruz en la solapa. Manuela tiene un sedante color crema con peluche corrido, mesas de mármol con patas de hierro colado y espejos en las paredes. Cultiva un casticismo desvalido y un reposo de organillo. La Vía Láctea posee una sacudida más hirsuta. Bajo el cuadro, que es un remedo moderno de la creación de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, en plan Dios-Padre-Matziñguer Zeta que alarga el dedo hacia un Addn supersónico, la pasotería oye rock sucio. El café Ruiz alberga intelectuales con barba entrecana, recoge la segunda generación del desencanto.

La fiesta del sábado noche de carnaval no fue más que eso mismo, aunque a un ritmo de galope. Había máscaras de todos los gustos, las secretas obsesiones, los deseos inconcebibles, las aspiraciones irrealizables se cumplieron a través de los disfraces multicolores, pero se notaba que allí fallaba el elemento mágico. No quiero decir que en ese barrio todo el año es carnaval y que los buenos padres de familia y los espectadores maduros no hallaban la diferencia, sino que entre los jóvenes protagonistas habla una naturalidad del que sabe que está en una reserva, del que se siente enjaulado en unas cercas de zoológico y se comporta con las reglas de la tribu. Los marginales de Malasaña no necesitaban que se prohibieran las caretas para emancipar su doble personalidad. Con una inocencia ya de por sí muy provocativa, la juventud de Malasaña se disfrazó otra vez de sí misma. Cumplió a ritmo acelerado el rito de todos los días, la tranquila obsesión de que la dejen en paz, bailando, fumando, soñando al pie de una muralla que ella intuye que no podrá saltar nunca. Por lo demás, todo más inocente que un cubo.



La juerga de carnaval en el barrio de Malasaña fue una cosa inocente, una fiesta juvenil alimentada casi por los íntimos del lugar. En la foto, un rincón de la plaza del Dos de Mayo.

CARNAVAL EN MALASAÑA

ganillo, en el Sol de Mayo casi se jugaba al corro de la patata y en La Vía Láctea se oía un rock más bien dulce entre tintineo de fantas de limón.

La fiesta del carnaval está rodeada de una literatura demasiado obvia, de una filosofía mala y de una moral gorda. El lunes de carnaval ha comenzado el juicio de la matanza de Atocha y otros grupos de máscaras extremistas lo han declarado jornada para caza de rojos o de lucha antifascista. En las paredes goldonianas del barrio de Malasaña, los siniestros garabatos de alquitrán anuncian el estado de cosas. Los partes de esta guerra soterrada están escritos en las facha-

acto de legítima posesión. Eso era lo más evidente de aquella fiesta. Allí estaban en su medio. Se veía que todo encajaba. Las entrañables bolsas de basura en el portal, las lánguidas melodías o los fogonazos de rock que salen de los garitos, el vaho perfumadamente fétido de las alcantarillas y sus repobladores mormones.

De un tiempo a esta parte, las noches regulares del barrio de Malasaña han tomado un cariz turbio. Aquella primera avanzada de una juventud imbuída por la resistencia pasiva que acudió a fumarse un porro en la plazuela inicitica a la sombra de unos menstrales en flor lejos del gas-